

ARTICULOS

**EL PROBLEMA DE LA VERDAD
EN HEIDEGGER**

*Comunicación Presentada al Primer Congreso Nacional
de Filosofía*

Por RAMÓN CEÑAL LLORENTE, S. I. - Madrid (España)

El problema de la esencia de la verdad es céntrico en la obra de Heidegger. La importancia que atribuimos a este problema se funda en la afirmación explícita del filósofo: el problema de la esencia de la verdad es, en el fondo, el problema de la verdad de la esencia, es decir, de la verdad del ser. Y esto es así, porque para Heidegger, anterior y más originaria que la verdad lógica, de adecuación entre conocimiento y realidad, es la verdad ontológica, entendida ésta, según el mismo, no como verdad del ser real en sí, sino como verdad de la revelación del ser. Tratar, pues, de fundamentar esta verdad equivale a garantizar al hombre el más seguro e inmediato acceso al ser.

Es obligado hacer toda justicia a este explícito y fundamental propósito de Heidegger. Desde *Sein und Zeit* (1927) hasta su escrito más reciente, sólo conocido por nosotros en su versión francesa, *La Remontée au fondement de la Métaphysique* (1947), el núcleo central de la especulación heideggeriana es siempre el mismo: fundamentar la metafísica sobre el único terreno firme y fecundo: el que le pueda asegurar acceso cierto a la verdad del ser. Supone, claro está, que hasta ahora la metafísica, segura de poseer esa verdad, no se ha preocupado de fundamentarse sólidamente, de inquirir sobre los motivos y garantías de esa verdad del ser, de asegurarse acceso cierto al ser

mismo. Es, pues, necesario, afirma Heidegger, superar la metafísica en todas sus formas históricas, realistas o idealistas, para alcanzar el fundamento deseado. Sin que este propósito signifique, en consecuencia, un premeditado designio de supresión o destrucción del saber metafísico.

El problema queda ahora reducido a estos términos: se trata de llegar a decidir si el ser mismo, en la verdad que le es propia, puede llegar a una relación más original con el hombre, relación que toque la esencia del hombre en su centro más vivo. Poner al pensamiento en tal camino que pueda llegar a descubrir la relación de la esencia del hombre con la verdad del ser, abrir una vía al pensamiento a fin de que pueda expresamente pensar el ser mismo en su verdad, he aquí la dirección en que se mueve con tenaz perseverancia la empresa filosófica que se inaugura con *Sein und Zeit*. He aquí el motivo fundamental que inspira ya entonces la analítica existencial allí realizada: su intención no es otra que descubrir en la esencia del hombre esa originaria y asimismo esencial vinculación con la verdad del ser.

Guiados por esta fundamental importancia del problema de la verdad, hemos estudiado la doctrina que sobre él nos ofrece Heidegger en sus diversos escritos. Estudio el nuestro, ordenado cronológicamente, para más exacta determinación de la evolución de la doctrina; pero, no obstante esta evolución, dicho estudio nos ha confirmado en la perseverante intención del filósofo, al mismo tiempo que nos ha descubierto los principales motivos que la inspiran; éstos son: una implacable enemiga contra todo objetivismo y subjetivismo, y por ende contra toda fórmula de solución que de alguna manera acepte como hecho original o punto de partida la polaridad sujeto-objeto; y en consecuencia la convicción profunda de que anteriormente a toda forma de saber intelectual objetivo posee el hombre una más inmediata y original relación con el ser.

Nuestra actitud frente a Heidegger, si debe ser crítica, no lo puede ser empero en un sentido exclusivamente negativo y adverso. Nuestro propósito es realizar, dentro del marco de la tradición aristotélico-escolástica, una crítica constructiva y positiva. Heidegger nos obliga a plantear a la filosofía tradicional sus propios problemas, a una revalorización de aquella tradición, si, como creemos, aun no habiéndose planteado de modo

elícito la problemática heideggeriana, nos ofrece sin embargo valiosos elementos para su solución más coherente y satisfactoria.

Los problemas que Heidegger nos plantea en torno de la verdad podemos reducirlos a éstos:

¿Es necesario volver a fundamentar la metafísica sobre bases más firmes que las que actualmente posee la metafísica realista de la tradición escolástica?

¿La onticidad humana, punto de partida pre-ontológico, fundamento primero de toda verdad exigido por Heidegger, puede tener carácter intelectual objetivo, o no?

Y presupuesto que se da un punto de partida de carácter intelectual y objetivo ¿no se podrán conciliar en él de modo coherente las dos verdades, de adecuación y de revelación, que Heidegger propugna como originariamente irreductibles?

Por lo que se refiere a esta última cuestión, creemos que la antítesis heideggeriana entre verdad de adecuación (lógica) y verdad de descubrimiento (óntico-ontológica) puede ser superada con un análisis más fiel del fenómeno de la verdad. Es importante notar que el verdadero punto de partida del análisis fenomenológico de la verdad lógica realizado por Heidegger, en el cual se funda para afirmar que la verdad originariamente no es adecuación sino descubrimiento, no es el hecho mismo de la verdad, sino el de la evidencia. Es bien significativa en este contexto la apelación a la doctrina sobre « Wahrheit und Evidenz » de las *Logische Untersuchungen* de Husserl. Pero una recta y bien dirigida fenomenología deberá distinguir perfectamente en el conocimiento humano ambas realidades, verdad y evidencia. El análisis da una clara distinción de dichos extremos, aun en el mismo juicio de evidencia inmediata sobre una realidad sensible actualmente intuída, que es el que Heidegger escoge para sus análisis. El filósofo alemán pasa, sin observar esa distinción, de la verdad del juicio a su verificación. Esta empero no puede ser identificada de modo absoluto con aquélla; la verificación (*Bewährung*) supone la verdad de alguna manera ya poseída. La verificación del juicio recae sobre su verdad, *descubre* ciertamente su rectitud, su conformidad con lo juzgado. Tal es la función de la evidencia: no es la verdad misma, es propiedad de una verdad cualificada, luminosa garantía de su presencia insobornable. La función descubridora, el ser reve-

lador de la evidencia no es, pues, la esencia misma de la verdad del juicio, que Heidegger analiza, y mucho menos de la verdad en general.

Heidegger funda la verdad lógica en la verdad de revelación y en último término en la verdad pre-ontológica, previa y original preceptación del ser, anterior a toda formulación predicativa y objetivante. La tradición escolástica exige también por parte de la facultad humana, previamente a toda recepción objetiva, la determinación a priori de ésta su misma capacidad objetivante: es el ente en toda su universalidad, como *obiectum formale* del entendimiento. Y llegamos al punto culminante del problema: ese *A priori* del pensar humano, su abertura al ser, ¿puede erigirse por sí mismo en afirmación viva, no judicativa, de la verdad del ser? Heidegger lo afirma, con tal, ya queda dicho, que ese *A priori* no signifique de ninguna manera saber racional objetivante. Nosotros creemos que se puede llegar a esa fundamentación ontológica, un descubrir que se descubre a sí mismo, y que es por ende y a la vez perfecta adecuación —verdad lógica—, de la afirmación y lo afirmado.

LA MUERTE

POSIBILIDAD DECISIVA Y DECISORIA

DE LA VIDA

Comunicación presentada al Primer Congreso Nacional de Filosofía

Por ALBERTO WAGNER DE REYNA - Lima (Perú)

¿Por qué se preocupa el hombre por su muerte? ¿No le bastan las ocupaciones de su vida y las preocupaciones por determinadas necesidades y eventualidades de ella? ¿Es la preocupación por la muerte una de las tantas preocupaciones que nos impone la vida? ¿O es radicalmente diferente? Para responder a estas preguntas es menester saber qué cosa es la muerte.

La muerte es el fin de la vida. Esto puede significar: la muerte es el acabóse de la vida, su término, entendiendo aquí vida en el sentido de proceso biológico. Pero también puede significar: la vida *es* —en cuanto está destinada a llevar a la muerte— como el camino a una meta. Una y otra significación no se contradicen. Mas en el primer caso entendemos la muerte en función de la vida, y en el segundo la vida en función de la muerte. Lo uno está al alcance de cualquiera, pues *tenemos* vida, vivimos. Lo otro, en cambio, nos deja con la pregunta sin responder pues no nos dice qué es la muerte, sino qué es la vida en su referencia a la muerte. Para entender la muerte como finalidad de la vida tenemos pues que plantear de otro modo la pregunta: preguntar por la muerte, siempre en relación con la vida y dentro de ella, pero « sin hacerla entrar en la definición ».